

Unas elecciones históricas

RAFAEL NAVARRO VALLS
Madrid

Las últimas elecciones presidenciales del siglo XX dieron como vencedor a George W. Bush por dos diezmilésimas del 1 por ciento de los votos. Su contrincante, A. Gore, le sacó sin embargo una ventaja de medio millón de sufragios en el total del voto popular. Una situación que no ocurría desde hace 112 años, cuando el demócrata Glover Cleveland era derrotado en el Colegio Electoral por el republicano Benjamin Harrison, no obstante haberle ganado en el voto popular por casi 100.000 sufragios. Antes de la retirada de Albert Gore, una serie de acontecimientos han tenido en vilo al mundo entero. Todo empezó —o acabó, según se mire— a las 2,30 de la madrugada del día 8 de noviembre del 2000. A esa hora, el vicepresidente de los Estados Unidos, y rival del gobernador de Texas en estas elecciones de infarto, llamó a Bush para reconocer su derrota. Este agradeció la llamada, y envió saludos a la mujer y a los hijos de Gore. Pero cuando Gore se dirigía en Nashville a una reunión con sus seguidores para reconocer públicamente su derrota, sonó el móvil de Michael Feldman. El director de la campaña de Gore —según cuenta TIME— alertó al vicepresidente: “Todo ha cambiado. El recuento de votos en Florida marca una ventaja tan exigua que, según la ley de este estado, en esos casos es necesario un nuevo recuento automático de los votos”. Gore dio marcha atrás y a las 3,

45 volvía a ponerse en contacto con Bush para retractarse de su anterior llamada. No aceptaba la derrota. “Los resultados en el estado de Florida —adujo— están demasiado reñidos para declararme vencido”. Bush, enojado, contestó: “Bien, señor vicepresidente, haga lo que tenga que hacer”. A partir de esa conversación los acontecimientos se precipitaron en una vertiginosa carrera política y jurídica en la que han intervenido funcionarios electorales del condado de Palm Beach, la Secretaría de Estado de Florida, tribunales federales de distrito, tribunales de circuito estatales y federales, una nube de abogados por ambas partes, el Tribunal Supremo de Florida y el Tribunal Supremo federal de Estados Unidos. El desenlace final es conocido: a las 3,00 a.m. del 14 de diciembre —hora española— Albert Gore, aun mostrándose disconforme con la decisión del Tribunal Supremo, aceptaba su fallo y reconocía como vencedor de las elecciones a George W. Bush.

Veamos las principales secuencias de este especie de culebrón electoral.

LOS ANTECEDENTES: LAS ELECCIONES INTERMEDIAS DE 1999

Para entenderlo en todos sus matices conviene remontarnos a los resultados electorales de la 106 legislatura, es

decir, las últimas elecciones al Congreso antes de las presidenciales del 2000. Esas elecciones intermedias tuvieron algunas peculiaridades. La primera fue que, desde Franklin D. Roosevelt (1934), el partido en el poder (en este caso el demócrata de Bill Clinton) no perdía escaños en unas elecciones intermedias. Pero al tiempo, ocurría que, por primera vez en 70 años, los republicanos conseguían mantener el control de la Cámara de Representantes durante tres mandatos consecutivos. La triunfal afirmación de Clinton—"hemos invertido la marea de la historia"—sonó bien, pero quedaba algo lejos de la realidad. Los resultados de esas elecciones—que se esperaba fueran desastrosas para los demócratas por el caso Lewinsky—demostraron que el maccartismo sexual mantenido vivo por las grandes cadenas de televisión no fue seguido por los votantes. Así lo reconoció en la CNN Ron Brownstein de *Los Angeles Times*: "Hemos olvidado que solamente a los *hooligans* de Washington les apasionaba el Sexgate".

Sin embargo lo más llamativo de la campaña fue el nacimiento de una nueva dinastía republicana. George W. y Jeb Bush (hijos del ex presidente George Bush) fueron los primeros hermanos en gobernar al mismo tiempo dos estados (Texas y Florida) desde que Nelson y Whinthrop Rockefeller fueron, respectivamente, gobernadores de Nueva York y Arkansas entre 1967 y 1971. No podían sospechar entonces que sus destinos se cruzarían de modo decisivo en las elecciones presidenciales, al convertirse Florida en la manzana de la discordia. Desde su reelección en Texas, George W. Bush fue visto como un serio candidato a la Casa Blanca. Un candidato que si ganara—como de hecho ha ocurrido—lograría que, por segunda vez desde John Adams y John Quincy Adams, un padre y un hijo ocuparan la Casa Blanca.

Antes de su espectacular reelección como gobernador de Texas, las encuestas internas republicanas (febrero 1998) le ponían en cabeza ligeramente por en-

cima de Steve Forbes (el multimillonario que ya concurrió en las primarias de 1996), Dan Quayle (el vice-presidente con Bush) y Elisabeth Dole (mujer de Bob Dole y presidenta de la Cruz Roja americana). Después de las elecciones intermedias de 1999 las distancias se hicieron abismales. George W. Bush comenzó a ser visto entre las bases republicanas como el salvador del partido en el 2000, así como su padre fue el símbolo de su hundimiento en 1992. Su ideología, que acentuó en las elecciones presidenciales, era más bien centrista. Defendía un "conservadurismo compasivo", solidario y de rostro humano. Era un moderado que creció apoyándose en las minorías: "no podemos permitirnos el lujo de pasar a nadie por alto". Defendió el español frente las campañas del "only english", y se opuso a que el ejército americano patrullara la frontera de Texas para frenar la inmigración ilegal. Tejano como su padre, y como su padre apasionado del baseball, era al ser reelegido gobernador de Texas un metodista de 52 años, con dos hijos, licenciado por Yale y master en administración de empresas por Harvard. Su moderación, sin embargo, no le había hecho olvidar la fuerza del ala derecha del partido. De ahí que, tanto su hermano Jeb como él, se apresuraran en pedir el *nhil obstat* de la *Christian Coalition* en sus campañas de Florida y Texas. Los medios de comunicación resaltaban dos puntos flacos en su biografía: sus pasados problemas con el alcohol (jura que lo dejó al cumplir los cuarenta) y haber aparecido envuelto en un escándalo de presuntas financiaciones a Irán a través del Banco Nacional del Trabajo de Atlanta.

Frente a Bush, jr ("W" para diferenciarlo de su padre) el candidato demócrata más probable era el vice-presidente Al Gore. Sus dos posibles contrincantes en las primarias demócratas (el senador Bill Bradley por Nueva Jersey y Dick Gephardt, jefe de la minoría en la Cámara de Representantes) aparecían casi 20 puntos por detrás en las encuestas. De haber sido elegido presidente, hubiera sido el tercer vicepresidente en funciones en toda la historia estadouni-

dense que accediera a la Casa Blanca. Antes, solamente lo lograron Martin Van Buren, sucediendo a Andrew Jackson en 1837, y George Bush, padre que sustituyó a Reagan en 1989. Aunque cuando era periodista en el *Tennessean* de Nashville llegó a decir que la política "es la última ocupación que escogería", la verdad es que a los 28 años ya era congresista. Según David M. Shribman, que ha seguido de cerca su trayectoria política, es una figura muy compleja: se opuso a la guerra de Vietnam, pero acabó sirviendo en el ejército; llegó a ser un buen periodista de investigación, pero terminó siendo una de las personas más investigadas de Washington por el escándalo de la financiación ilegal del partido demócrata; se confiesa muy religioso, pero también es muy ambicioso; fue a una escuela de teología durante un año para encontrar respuesta a las preguntas religiosas que le siguen preocupando: "no encontré respuestas sencillas, pero sí mejores formas de plantear las preguntas". Su talón de Aquiles era la timidez, un cierto estiramiento personal y el excesivo afán por complacer a todos.

Al comenzar la precampaña electoral, un 57% de potenciales votantes frente al 39% (antes de las elecciones intermedias la distancia era de sólo cuatro puntos) daban por ganador a Bush frente a Gore.

LAS ELECCIONES PRIMARIAS Y LAS CONVENCIONES DE FILADELFIA Y LOS ANGELES

Así las cosas, conviene recordar que la carrera hacia la presidencia de los Estados Unidos tiene tres momentos "fuertes": las elecciones primarias, para pulsar la opinión de los partidos sobre sus respectivos candidatos; las convenciones demócrata y republicana, para nominarlos; y las elecciones presidenciales, para designar el que será inquilino de la Casa Blanca durante cuatro años.

En el lado republicano, las elecciones primarias mostraron enseguida un

apretado duelo entre John McCain —un héroe de la guerra de Vietnam, con el que pocos contaban antes de comenzar la carrera hacia la Casa Blanca— y Bush. Los demócratas enfrentaron al vicepresidente Al Gore con el ex-senador Bill Bradley. El desenlace dejó en la cuneta a la "revelación" republicana (John McCain) y al "liberal" demócrata (Bradley). El triunfo de Gore fue más rotundo que el de Bush. Y así como el derrotado Bradley enseguida mostró su unidad con el vencedor Gore, en las filias republicanas las heridas abiertas en las primarias tardaron más en restañar. Sólo en las vísperas de la Convención republicana McCain pudo ser repescado para el redil de Bush.

Si las convenciones de San Diego y Chicago de 1996 fueron las menos dramáticas del siglo, las de Filadelfia (republicanos) y Los Angeles (demócratas) del 2000 han sido las más paradójicas de la historia americana. Pocos de los 2066 delegados republicanos en la convención de Filadelfia sabían, al escuchar el discurso de aceptación de George W. Bush, que sus raíces había que buscarlas en un ex comunista, Marvin Olasky, profesor de periodismo en la Universidad de Austin, autor del libro "La tragedia de la compasión americana" y el verdadero gurú de "W" desde 1993. El "conservadurismo compasivo" —muy poco retocado desde su campaña para gobernador de Texas— es un intento de responder a la izquierda demócrata en el terreno social con sus mismas armas. Su creador —Olasky— es un teórico de la compasión, hoy director del semanario cristiano "World". A su vez, el primer acto de Gore en la Convención de Los Angeles fue lanzar como telonero a los 4.339 delegados demócratas al candidato a la vicepresidencia Joe Lieberman, un judío ortodoxo enfrentado por sus posiciones conservadoras a los pilares del partido demócrata: los negros (Lieberman se había opuesto a la "discriminación positiva" racial); la elite de Hollywood ("demasiado sexo y violencia en vuestras películas"); los sindicatos de la enseñanza pública (había apoyado el "cheque

escolar”) y al mismo Clinton (“la saga Clinton-Lewinsky es el más claro ejemplo del virus de la pérdida de valores en la política americana”).

La meta del republicano Bush en Filadelfia fue imitar el viaje al centro del demócrata Clinton en la convención de 1992. El intento del demócrata Gore en la convención de Los Angeles, consistió en seguir las huellas del republicano George Bush, padre. Este último entró en la convención de Nueva Orleans (agosto 1988) muchos puntos electorales por debajo del gobernador de Massachusetts, Michael Dukakis, y salió con cierta ventaja sobre él, ventaja que ya nunca perdió. Justo lo que necesitaba el vicepresidente Gore en Los Angeles.

LOS GRANDES TEMAS

El tema de la religión estuvo más presente que en las anteriores convenciones, a excepción de la que en Los Angeles nominó a Kennedy en 1960. Si la convención de Los Angeles fue precedida de una especie de “catarsis televisiva” por parte de Clinton, que reconoció sus culpas en los líos de faldas ante una abundante audiencia de pastores evangélicos, Gore y Bush tampoco parecieron avergonzarse de hacer ostentación de su fe. Buena parte del “conservadurismo solidario” de Bush se basa en trasladar a las fuerzas sociales (en especial, a las Iglesias) el papel que desempeña el poder de la burocracia estatal en el omnipresente “Welfare State”. Y la elección de Lieberman en el “ticket” demócrata fue, según fuentes cercanas a Gore, “un signo de fortaleza no de debilidad, porque desafiaba a los republicanos en el terreno de los valores y la religión”. En todo caso, si la elección de Kennedy contribuyó a derribar la barrera anticatólica, la elección de Lieberman por parte de Gore ayudó a mitigar el sentimiento antijudío, todavía presente en amplios estratos norteamericanos.

El acercamiento programático de los partidos demócrata y republicano y el

travestismo político entre ambos explicó, por ejemplo, que los manifestantes en Filadelfia y Los Angeles fueran prácticamente los mismos: adversarios de la pena de muerte, antiglobalistas, anticapitalistas, ecologistas, etc. Por lo demás, la mecánica mediática no falló tampoco en estas convenciones. Después de la segunda guerra mundial, sólo dos candidatos no se beneficiaron de una subida de su popularidad post-convención en los sondeos: los demócratas Humphrey (1968) y McGovern (1972). Tras la convención de Filadelfia, Bush arrasaba en las encuestas. Las cuatro más significativas lo ponían delante de Gore entre 9 y 14 puntos. Después de Los Angeles, fue Gore quien se recuperó espectacularmente. Según una encuesta de Reuters, recién terminada la convención demócrata, Gore adelantaba a Bush con un 44% frente al 41%. En realidad, podía hablarse de empate técnico entre los dos candidatos, aunque con ligera ventaja de Gore. Como veremos, los pronósticos acertaron.

Al igual que en las anteriores convenciones, fue sintomático el poco margen de atención en Filadelfia y Los Angeles por la política exterior. Bush prometió el despliegue de un sistema de defensa antimisiles “que nos proteja de ataques y chantajes”. Gore lo rechazó tendiendo a ser comprensivo con la tímida ofensiva internacional de Putin. Las posiciones cambiaron poco desde San Diego y Chicago en 1996, donde Clinton y Dole parecían converger en ir sustituyendo el idealismo wilsoniano por una política exterior en que primara la defensa del propio interés. Un moderado aislacionismo —acorde con la mejor tradición americana— fue lo que pareció desprenderse de los programas de Gore y Bush.

En fin, analizando los discursos y la personalidad de los protagonistas de las dos convenciones pareció que nos encontrábamos ante el “final de los grandes hombres en la política”, es decir, la sustitución de la política carismática por una política de pequeños gestos. Humoristas americanos decían que estas elec-

ciones eran una lucha sin cuartel entre Mr. Stiff (estirado) y Mr. Dumb (torpe), vigilados por Mr. Sex (Clinton). Una contienda entre un candidato sin corazón (Gore) y otro sin cerebro (Bush). Algo así como la elección entre "la peste y el cólera", si estamos a la expresión de un analista estadounidense.

Esto explicaría, que, en realidad, los americanos el día 7 de noviembre no hubieran votado ni a uno ni a otro, pues aparte del ajustadísimo resultado final, el verdadero ganador fue la abstención. Casi 100 millones de americanos se quedaron en casa. Los otros 100 se repartieron casi por mitad entre los dos candidatos, aunque GORE triunfaba en el voto popular por medio millón de votos y Bush ganaba el electoral, después de obtener los 25 decisivos de los electores de Florida

LAS RAZONES DE LA VICTORIA DE BUSH

George Washington decía después de ser elegido presidente: "me he embarcado en un océano inmenso, en que tal vez no sea posible hallar un puerto seguro". Con más razón se teme que el recién nombrado Bush se ahogue en el vendaval que le espera. Llega a un cargo que, si ya es demasiado para un hombre solo, ahora además deberá ejercerlo de modo que restañe las heridas de un país dividido y con dudas sobre su legitimidad democrática. Pese a lo peculiar de la situación, no olvidemos que casi todos los presidentes del siglo XX comenzaron su presidencia con grandes dudas por parte de la opinión pública acerca de sus capacidades. Truman, Eisenhower, Clinton o Reagan, por ejemplo, no se han distinguido por sus cualidades intelectuales y han logrado superar el listón de la media presidencial. Kennedy debió gobernar un país dividido en dos entre partidarios de Nixon y de él mismo. Thomas Jefferson —que resultó un gran presidente— hubo de esperar hasta mediados de febrero para decidir la enconada contienda con Aaron Burr, siendo necesarios nada menos que treinta y seis escrutinios en

el Congreso. Habrá, pues, que otorgar un voto de confianza al nuevo presidente George W. Bush ("W" para sus amigos). La presidencia es un extraño puesto: la presión del cargo ha convertido con demasiada frecuencia a un hombre ordinario en un ser extraordinario.

Por encima del debate sobre la tragicomedia del sistema electoral americano, la cuestión de fondo es: ¿cómo ha podido ganar Bush a un tandem (Clinton-Gore) que ha creado en ocho años 3.6 millones de puestos de trabajo, es decir, más que Reagan-Bush padre en doce años? ¿Cuál es la razón de que "W" haya derrotado a una pareja que ha transformado en casi 150 mil millones de excedente los 290 mil millones de déficit dejados en 1992 por la presidencia de George Bush padre? No se olvide que el gobernador de Texas se ha subido al podium de una nación que sus antecesores inmediatos —entre ellos el hoy derrotado vicepresidente Gore y su mentor Clinton— han vuelto a convertir en un país omnipotente. Tan poderoso como Macedonia bajo Alejandro, Roma bajo Cesar o Mongolia bajo Gengis Khan, si estamos de acuerdo con Tom Wolfe. Un país que desde marzo de 1991 lleva 115 meses de crecimiento ininterrumpido, cuando esos ciclos de euforia económica no han durado más de 50 meses desde 1945.

Las razones son varias. La primera es que Bush no ha representado para los americanos una amenaza de cambio. Los casi 50 millones que le votaron y los casi 100 millones que se quedaron en casa —que no hicieron nada por frenarlo— no han detectado en él un potencial peligro para la actual situación de bonanza en lo económico y poderío en lo político. Su insistente: "yo confío en vosotros, por eso prometo poner millones de dólares en vuestras manos", ha sido mejor recibido que la tendencia de Gore a reforzar el yugo federal. "Estoy compitiendo con un hombre (Gore) que cree que Washington debe tomar decisiones en nombre de Illinois", declaró "W" en ese estado. A la vista de los resultados, parece que una mayoría

de colegios electorales estatales se lo ha creído. Incluido Florida que, a la postre, le ha dado la presidencia. Teniendo en cuenta que EE.UU es una federación de estados más que de votantes, y aunque el voto popular de Bush haya sido al final menor que el de Gore, habrá que estar a la voluntad de los padres fundadores que impusieron estas discutibles reglas de juego. No se olvide que Bush ha ganado en 30 estados frente a los 20 que se ha llevado Gore.

Así como Clinton tuvo en el conservador Ross Perot —hoy reconvertido al clan Bush— un insospechado aliado que, al restarle votos al presidente Bush en 1992, catapultó hacia la Casa Blanca al gobernador de Arkansas, también ahora el gobernador de Texas ha tenido un buen aliado en el izquierdista Ralph Nader. Sus posiciones antiglobalistas, ecologistas y radicales le han quitado al vicepresidente Gore 2.6 millones de votos que necesitaba desesperadamente, pero especialmente en Florida, que le dio 95.000 sufragios a Nader. De modo que, paradójicamente, los que han hecho presidente al conservador Bush han sido los medios más izquierdistas americanos en coalición con la derecha anticastrista cubana.

“A los votantes indecisos yo les haría una pregunta de vida o muerte: ¿con quién preferiría usted tomarse una cerveza, con George W. Bush o con Al Gore?”. Esta “boutade” de un humorista americano encierra una buena dosis de sabiduría. Las cámaras de televisión mostraron en los tres debates de octubre a George W. Bush como un ser humano. Desde luego, con defectos; pero expansivo, cercano. A Gore se le vio demasiado perfecto, demasiado pendiente de sus asesores. Algo así como un enfermo de corazón depende de sus marcapasos. Lo expresaba muy bien Bob Woodward, el “héroe” del Watergate: “cuando los norteamericanos eligen a un presidente le están invitando a entrar en sus casas todos los días a través de la televisión. Quieren a alguien con el que se sientan a gusto”. Es sintomático que una amplia encuesta entre

escolares diera mayoritariamente su voto a Bush (65,8) sobre Gore (32,6). El sondeo, hecho por una revista escolar de circulación nacional, no se ha equivocado nunca al elegir su candidato a la presidencia desde 1956. Los niños tienen buen olfato para aprobar a la persona cercana frente a la distante. Un dato sintomático es que el propio estado de Gore (Tennessee) se decantó por Bush. Una humillación que confirma que ningún presidente ha gobernado EE.UU habiendo perdido en su estado natal.

Providenciales han sido para Bush una serie de coincidencias que han resultado decisivas para su triunfo. El estado de la discordia—Florida— tiene más demócratas inscritos que republicanos. Sin embargo, semanas antes de la votación, el guiño de Clinton—Gore a Fidel Castro en el caso Eliancito, puso en pie de guerra a los cubanos anticastristas frente al candidato demócrata. Jeb —el hermano menor de “W”— es el gobernador de ese mismo estado cuyos resultados han sido claves para la victoria final. Una de sus colaboradoras en la campaña electoral—Katherine Harris, secretaria de estado de Florida— resultó ser de quien dependía la nominación oficial en ese mismo estado. La judicialización de una batalla que era política, ha acabado volviéndose contra Gore. Salvo la Corte Suprema de Florida —controlada por demócratas— todas las otras instancias judiciales han sido desfavorables al vicepresidente. El mazazo definitivo lo ha recibido del Tribunal Supremo Federal, organismo que es imposible comprender sino es en el contexto del proceso político norteamericano. Sin embargo, aunque el TS tiene una mayoría nombrada por presidentes republicanos, hay que resaltar que un magistrado nombrado por Bush padre (David Souter) se ha alineado con la minoría contraria a los intereses de Bush hijo. En fin, la precipitación de Gore al felicitar la madrugada del ocho de noviembre a Bush, permitió que éste tomara ante la opinión pública una ventaja de presidente electo que nunca llegó a enjugar Gore, visto siempre como el mal perdedor. Esa

imagen la ha borrado en parte con su generoso discurso pidiendo que todo el país—incluidos los casi 50 millones que le han votado—se agruparan alrededor del nuevo presidente Bush.

EL ANALISIS DEL VOTO

Según los primeros análisis de voto, Bush ha obtenido mayorías sólidas entre hombres blancos, mientras que Gore ha ganado entre las mujeres, los negros y las minorías hispanas. Bush ha vencido entre los casados y Gore entre los no casados y divorciados. El gobernador de Texas ha arrasado entre los votantes más interesados en que el futuro presidente fuera honesto o un líder fuerte. Gore, entre los interesados en que el presidente tuviera cualidades para resolver cuestiones complejas, aunque el voto estaba igualado entre quienes apreciaban a un candidato u otro por considerar que tendría buen juicio en una crisis. Los conservadores votaron mayoritariamente por Bush y la izquierda liberal por Gore. Las primeras muestras indican que Bush ha ganado entre los protestantes—el mayor grupo religioso—y Gore entre los judíos y los que se declaran agnósticos. El voto católico se ha dividido por mitad. Cuanto más alta fuera la tendencia de un votante en asistir a servicios religiosos o a vivir decididamente su fe, mayores han sido las posibilidades de que haya votado por Bush. Entre los que votaron a Bush sobresalen los que entienden que el clima moral de Estados Unidos había empeorado con la presidencia de Clinton. En fin, Bush ha ganado entre los votantes más preocupados por los asuntos internacionales y los impuestos. Gore ha recibido las preferencias de los votantes inquietos por los servicios médicos, la seguridad social y la educación.

EL NUEVO GOBIERNO

Las primeras actuaciones de Bush como presidente han sorprendido a la nación. De entrada, ha nombrado el equipo de gobierno más multirracial de toda la historia de los Estados Unidos: dos hispanos, un japonés, un árabe y dos

negros. Aunque uno de los hispanos—Linda Chávez—ha renunciado al cargo, enseguida ha nombrado a otra mujer (Elaine Chao), esta vez de origen chino. Este último nombramiento, eleva a cuatro el número de mujeres con cartera en el gobierno Bush, lo que lo convierte en uno de los de mayor presencia femenina de toda la historia. Los hombres fuertes del nuevo gabinete serán el vicepresidente Dick Cheney y el secretario de estado Colin Luther Powell. Cheney será—de hecho—el “primer ministro”, aunque esta figura no la contemple la Constitución americana. Además, ejercerá en la práctica de senador 101, ya que, al estar el Senado dividido entre 50 demócratas y 50 republicanos, deberá dirimir los empates con su voto de calidad, al establecerlo así la Constitución, que nombra al vicepresidente como presidente oficial del Senado. Colin Powell—de color y origen jamaicano—será una figura clave, dado su enorme prestigio en la nación. En la guerra del Golfo fue la mano derecha de Bush padre y es tenido por un conservador moderado, que ejercerá influencia no sólo en los temas internacionales sino también en cuestiones relacionadas con la pobreza y el “conservadurismo compasivo”. La heterogeneidad del gobierno se completa con la presencia de un demócrata de origen japonés como secretario de transporte.

LOS DESAFÍOS

Los desafíos de la presidencia de Bush como cuadragésimo tercer presidente serán distintos de los de sus predecesores. La situación económica e internacional permiten hablar (Michael Beschloss) del “final de la Presidencia imperial”. Aunque en sus primeras declaraciones el nuevo presidente se ha mostrado “relativamente pesimista del estado de la economía”, la verdad es que accede al poder como primer presidente en muchos años que hereda un excedente presupuestario de su antecesor. Además, está al frente de la única superpotencia mundial, sin las tensiones que crearon a sus antecesores la existencia de la Rusia soviética. Si a eso se

une la necesidad de restañar las heridas de unas elecciones presidenciales marcadas por las sospechas de la legitimidad democrática del nuevo inquilino de la Casa Blanca, será absolutamente necesario para Bush gobernar desde el centro, tendiendo la mano a una oposición demócrata que no le perdonará una. Para Bush no existirán los 100 días de gracia. Mantener el ritmo de prosperidad de los ocho años de Clinton y

ganarse el respeto de unos **media** a la contra son sus dos primeros desafíos. El tercero, será el modo con que afronte la desconocida "crisis definitiva", esa primera gran crisis que pone a prueba el nervio de un presidente y que inevitablemente llegará. Si la supera con fortuna, se le perdonará casi todo, si falla, irá a la deriva durante todo este mandato que inicia con una victoria no reconocida por todos.